¿Fue Vargas Vila un resentido?

Escribe: ARTURO ESCOBAR URIBE

Los hombres como Vargas Vila no pueden pasarse integramente por el tamiz de la crítica sin correr el riesgo de irrespetarlos. Ellos valen ante la historia, no por lo que tienen de común ante la especie, sino por la inteligencia que los individualiza, haciéndoles sobresalir con perfiles propios, del resto del rebaño humano.

No es nuestra intención hacer la afirmación rotunda de que José María Vargas Vila pertenece al número contado de los genios. No, porque en realidad no fue un genio. Pero de ahí a no haber sido un escritor eminente por la posición que ocupó en vida, cimentada mejor por los rudos ataques de que fueron objeto siempre sus virulentas negaciones y ahora cuando la crítica vuelve sus ojos escudriñadores hacia su nombre para valorar su obra, escarmenándola cuidadosamente y tratar de encontrar en ella, por lo abundante y polifacética, su contenido real y positivo. Obra prolífica por la cantidad de libros que su pluma produjo; valiente por su posición siempre en abierta rebeldía; célebre, por lo conocida, quizás el escritor hispanoamericano más leído en lengua española y terrible por la ferocidad destructora de su pluma.

Negar estos atributos al nombre de José María Vargas Vila, es por lo menos, si no tontería, supina ignorancia. Tampoco vamos a afirmar que sus novelas, y para estar conformes en parte con la crítica, repetimos el estribillo de "que ellas estaban al servicio de un mórbido mal gusto", porque a fuer de sinceros tenemos que declarar como detestable su novelesca. No son precisamente sus novelas lo que admiramos de su extensa producción literaria. No, porque en nuestro concepto, ellas carecen, en su gran mayoría, del interés esencial como tema novelístico, aparte de que lastiman fundamentales principios de ética universal y en particular costumbres y tradiciones que nos son tan respetables a la mayoría de los hispanoamericanos.

Pero no siendo sus novelas la parte jugosa de la variada gama de su pluma, queda una obra, para nosotros, lo bastante sólida, lo bastante urticante y numerosa y lo suficientemente conocida, que le da derecho a figurar entre los grandes escritores de América. Obra que ha sido tachada de libelista por la crítica, pero si libelo, conforme al dicccionario, es el escrito en que se denigra o infama a personas o cosas, Vargas Vila,

a quien se apellida de tal, no lo fue, a nuestro juicio, sino más bien un contendor irreductible de una época que para él fue nefanda. No creemos que sea libelo infamatorio Ante los bárbaros, que no es otra cosa que un grito formidable de protesta contra los atropellos a mano armada en América Latina. Por sus páginas desfilan en palabra candente la vergüenza de Panamá, la ocupación de Puerto Rico, el intervencionismo en Centro América, el cercenamiento de Méjico y tantas otras hazañas que no podrían calificarse propiamente de gloriosas; libelo infamante Los césares de la decadencia, en donde hace un análisis, ¿apasionado?, digámoslo, pero, ¿falso?, neguémoslo; libelo infamante Pretéritas en donde se analiza una época con crudeza sí, pero con amarga verdad también; ¿libelo infamante La demencia de Job porque disiente de una religión que no comparte?... y a qué seguir citando la obra histórico-política de este polígrafo a quien se pretende ignorar por mero prurito sectario.

Vargas Vila estaba fundido en uno de esos moldes que no se avienen al conformismo; tenía por su pluma y su persona un cimero orgullo abroquelado dentro de su propia egoencia y como estuvo fuera del alcance de quienes vapuló tan fuertemente, la envidia que no perdona y el odio que no transige, prefirieron proscribirle con la vana conspiración del silencio. Empeño inútil, porque sus escritos los devora el pueblo, a pesar de las prohibiciones que pesaban sobre sus libros y por cada anatema, las ediciones se multiplicaban.

En Laureles rojos, también tachado de libelo, escribió: "El dolor hace más soberbio mi corazón; la desgracia no me doma; el olvido no entra en mi; mis periódicos y mis libros, eminentemente personales, son por eso eminentemente leales; ellos flotan en mis manos en la hora caliginosa del combate; caen conmigo en la hora crepuscular de la derrota; y entran conmigo en la noche triste del silencio; ¡bravíos, desesperados y tenaces, como mi corazón, ellos tienen con la pureza inmaculada de mis convicciones, la rudeza encarnizada de mis pasiones!;

"son mi bandera, la bandera que yo planto bajo el sol de todos los cielos, en el calor de todos los climas, en la arena de todas las playas donde el Destino arroja mi barca;

"los mercenarios de la pluma; los industriales de la prensa, hechos a la venta de su escritura a tanto por renglón, no comprenden eso; no pueden comprenderlo, ¿qué hay de común entre su pluma cartaginesa y el alma mía?

"no, esos publicanos no me comprenden; excavadores de los pudrideros de lo inerte y lo venal, ¡qué pueden saber ellos de un sacrificio de
alma a lo noble y al Ideal!; la venalidad de su vida no comprende la
dignidad de la mía; ellos prefieren vivir en el oprobio a caer en el dolor; buscan el mineral y no el Ideal; escafandros en el fango, que saben
de todas las bajezas de la subsistencia e ignoran las grandezas de la resistencia; ellos que saben todo del valor de un escrito, pero ignoran del
honor de un escritor, no agotan los estimemas delatores de su sorpresa,
contra mis periódicos resonantes y trashumantes;

"no pactar para perdurar; vivir para mi pluma, y no de ella; romperla antes que venderla; no preferir mi comodidad a mi dignidad; capitular con dolor antes que con el deshonor; no hacer una profesión de lo que creo es una misión; no preferir los intereses materiales, al sagrado pudor de mis ideales; pelear, no comerciar; hacer revoluciones y no evoluciones; estrangular mis periódicos antes que estrangular mis pensamientos; no consentir en ninguna domesticidad, ni aun en la servidumbre de la celebridad; permitir que mis periódicos mueran de inanición, antes que alimentarlos de prostitución; caer de espaldas ante la fuerza, antes que caer de rodillas ante el halago; he ahí mi crimen; he ahí lo que la verba incontinente de ciertos cronistas supervanales, encuentra lamentable;

"y toda su baba tetánica la arrojan sobre mí; me acusan de lirismo, porque no profeso el mercantilismo; flechan mi barca de conquistador de sueños, porque no me entrego con ellos al cabotaje desvergonzado de las ideas; y me gritan idealista, porque no soy contrabandista; y todo lo que se precipita perdidamente en la infamia, me saluda con un dicterio; el frenesí bastardo de esos desesperados de la ordura, me divierte; las insanias pintorescas de esos merodeadores de la prensa, me dan un goce lastimoso, como si viese las contorsiones de un pulpo en agonía; el aullido de esos lebreles a caza de ochavo, me conmueve casi hasta el perdón;"

Mucho se ha discutido sobre la forma y estilo de José María Vargas Vila. Para unos es un decadente engolillado y pedante; para otros está plagado de alamares insípidos; para esotros caprichoso y altisonante; aquellos lo vapulan por lo pegajoso y redundante, y hay quienes abominan de él como impotable por su manera de escribir, caprichosa, sí, pero rica en vocablos e impetuosa como un río desbordado y única en su forma.

Cada cual desde su punto de vista puede juzgarle como quiera y más si el juicio se lanza desde la esquina con la espuerta de la intolerancia de quien resuella por la herida. Y lo peor, o lo mejor, es que la mayoría de los juicios críticos hechos sobre este escritor y su obra, se han producido bajo el influjo de la ira, de la venganza o de la envidia, como de quien se extrae un dardo envenenado de lo más íntimo del alma. Y esos juicios no son imparciales, porque los hombres de letras no pueden juzgarse a través de sus defectos, ni mucho menos cribarlos en la zaranda del fanatismo o de la intolerancia, ya que juicios unilaterales, lejos de serlo, apenas si llegan a ser pregón de infamia o sentencia venal de la envidia.

Nadie, a menos que sea un ignorante, podría negar con sólidos razonamientos, la fecundidad literaria de Vargas Vila: 60 novelas, 8 libros de historia, 7 de filosofía, 7 de política, 3 tragedias, 6 conferencias, dejando inéditas sus memorias, 7 tomos y 3 novelas más. Su revista Némesis fundada en Nueva York en 1902 continuada en París y luego en Barcelona, su postrera entrega apareció en esta última ciudad en octubre de 1932, es decir siete meses antes de su muerte, acaecida el 23 de mayo de 1933. Había nacido en esta ciudad de Bogotá el 23 de julio de 1860, en el barrio de La Candelaria, calle 12 con carrera 24.

Tampoco y tendría que ser un obcecado para ello, podría negar con fuerza de verdad, que Vargas Vila fue y sigue siendo un celebrado escritor, conocido, admirado y muy leído. ¿Quién podría decir, sin riesgo de quedar en ridículo, que Vargas Vila no fue un polemista combativo y recalcitrante? ¿Cuál sería osado a negar el que fue el más temido panfletario de América? ¿Con cuál argumento podría negarse asimismo, que es el escritor de más hondo calado en todos los tiempos en la clase popular americana? También podría afirmarse de él, y para ello citaremos el juicio del escritor ecuatoriano Benjamín Carrión, cuando nos denuncia que sus obras "en ediciones de cantos dorados reposan en las bibliotecas de la alta burguesía".

Otro de los aspectos inobjetables en la vida de este escritor fue su altivez insobornable; su ponderada oposición al despotismo ilustrado de su tiempo imperante en América. Por algo escribió: "La Libertad es mi Musa... yo no tengo otros enemigos que los enemigos de la Libertad".

Su permanente devoción por la democracia lo colocó siempre fuera de cotización en la bolsa del venalismo. De sus adversarios o enemigos, jamás aceptó ofrecidas prebendas o jugosas canonjías; ni su oro, ni su adulación pudieron contener su pluma siempre fustigante. Hierático, solitario y misógino, deambulaba por Europa indiferente a la alabanza de los histriones, al vituperio de los resentidos o a las consejas que a su paso iban tejiendo la envidia de sus émulos. No supo doblegar su cerviz a los poderosos; ni ante los de hopalanda y alzacuello, ni ante los de banda al pecho y bastón de mando.

Tampoco fue un desterrado político; su exilio fue voluntario. La mayor parte de su vida la pasó en Europa, en donde supo conquistarse el respeto, la admiración, el temor, el odio, la envidia, todo por igual, de gobiernos, diplomáticos y letrados de su tiempo. Con los primeros por su lucha encarnizada y sin cuartel contra ellos; con los segundos, empingorotados representantes del trópico, hueros los unos, excelsos poetas y escritores de renombre los otros, pero quienes a trueque de arrastrar el espadín y lucir los alamares del uniforme, habían prostituído su pluma al servicio de minúsculas tiranías de postín.

Su extensa obra sería imposible enumerarla siquiera, dada la brevedad de estos apuntes; ella es demasiado ácida y abunda en afirmaciones y negaciones que no compartimos en su totalidad. Su posición, más que la de un radical, fue la de un heterodoxo; si bien renegó de todo y contra todo, al menos conservó incólume su irreductible amor por la libertad y su desabrochada independencia.

El mejor portavoz del nombre de Colombia en el exterior ha sido Vargas Vila, y aun cuando si exhibió nuestras lacras ante la faz del mundo, no por ello dejó de ser nuestro mejor pregonero; a nuestros hombres se les conoce a través de su diatriba o de su elogio. El mundo hispano sabe de nuestra historia política y aprendió los nombres de nuestros conductores pasados en los gavilanes acerados de su pluma iracunda; si bien nos desnudó en público denunciando nuestros defectos, también se envaneció con nuestras glorias, y como colombiano, jamás toleró que labios o

plumas extrañas denostaran de su patria, así fuera de sus más reconocidos adversarios. Alguna vez dijo: "Yo insulto a mi madre, pero no permito que nadie la ultraje".

José María Vargas Vila y Elvira Bonilla Matiz contrajeron matrimonio en Ibagué, radicándose en Bogotá en donde nació el escritor de nombre José María de la Concepción Apolinar, según reza la fe de bautismo; tuvo otros cuatro hermanos a saber: Antonio, quien fue casado con doña Clelia Carvajal Casas, y del cual matrimonio hubo dos hijas, Isabel, esposa que fue del periodista y escritor don José de la Vega y Elvira, quien murió muy joven y soltera; José Ignacio, poeta de renombre apellidado el humano, en contraposición a su hermano a quien llamaban el divino. Don Ignacio se radicó en Venezuela en donde contrajo matrimonio con doña Josefa Tinedo y Velasco, y Ana Julia y Concepción, quienes murieron célibes, profesas en un convento de esta ciudad.

Desde la muerte del escritor sus restos reposan en Barcelona; Colombia está en mora de repatriarlos, como acto de justicia para quien como él supo ser inconmovible roca de firmeza en defensa de la democracia y siempre, pluma en ristre, arremetió contra el despotismo, sin importarle las consecuencias. Su nombre pertenece a la historia y es a ella a quien corresponde juzgarlo; a ella, incorruptible juez de todos los hombres y los tiempos. En nuestro sentir, Vargas Vila fue un vidente precursor de las nuevas tendencias literarias; así lo han preconizado últimamente Pablo Neruda, Benjamín Carrión y otros prominentes escritores de habla española. Manidas posiciones, hijas del tiempo y del medio político del siglo pasado, no amenguan en nada el nombre de este grande escritor. Es hora de incorporarlo al patrimonio cultural de Colombia, revaluando imparcial y justicieramente, un nombre que todo el continente americano se disputa como propio.